

Maya, Maffo, etc., y ametrallando caseríos y poblados campesinos. Batista confió el éxito de la guerra a un bombarzo afortunado o a una bala calibre 50 que hiciera blanco en la recia anatomía de Fidel.

La revolución no podía sustraerse al inevitable signo de confusión típico de las grandes convulsiones políticas. No era posible desarrollar las primeras tareas de gobierno en un clima de sosiego, ponderando cada medida y estudiando serenamente cada decisión. Las resoluciones se dictaban en cualquier sitio, a cualquier hora del día o la madrugada, bajo la presión de las circunstancias. El de ministro no era, ciertamente, un cargo envidiable.

Se explicaban así determinadas contradicciones y los enfoques distintos sobre un mismo problema: el juego, la anulación de títulos y notas docentes, etc. Algunas figuras, exentas de toda responsabilidad con la tiranía, fueron expuestas a la picota pública, ocasionándoles un irreparable daño moral.

Tal era el caso de Ramón Miyar, magistrado del Tribunal de Cuentas y miembro que fuera del Directorio Estudiantil en los días del machadato. El gobierno provisional, al barrer con el TdeC, cuyas culpas eran sobradamente conocidas, explicó que el acuerdo se tomaba "por complicidad con el régimen derrocado".

Hasta el día de hoy, martes 13 de enero de 1949 —"Mingo" Miyar defendía su nombre— se mantienen sellados todos los archivos y dependencias del Tribunal de Cuentas, por lo que no puedo explicarme cuál ha sido el criterio o la razón que tuvo el Consejo de Ministros para adoptar un acuerdo discriminatorio, ya que las actas y documentos que hasta hoy se encontraban sellados son, a mi juicio, los instrumentos que podían atestiguar la actuación de cada cual.

Señaló su voto particular, rechazado por la mayoría contra las obras públicas, comentado en más de una ocasión por Raúl Cepero Bonilla en su sección de "Prensa Libre".

—Por último, finalizaba el alegato de RM, quiero hacer una pública apelación a los numerosos amigos y compañeros a quienes les consta por hechos tangibles y reales y no por mera afirmación de mi parte, que declaren paladinamente que yo no tuve complicidad alguna con el régimen derrocado, explicando, si así les parece, el hecho tangible y real que cada uno de ellos pudiera relatar.

Si los aludidos respondían al llamamiento iban a quedar despejadas las dudas en cuanto a la conducta de "Mingo" Miyar. Nadie ignoraba en qué forma circulaba la propaganda revolucionaria y los bonos del M-26-7 en el octavo piso del TdeC, ni cómo muchos empleados de ambos sexos eran amparados en sus cargos por Miyar, pese a las presiones y amenazas.

—Ese octavo piso —eran palabras de Ventura—, es una sucursal de la Sierra, una cueva de conspiradores. Ahí hay gente que va y viene de ver a Fidel...

La primera aclaración partió de un grupo de funcionarios del Tribunal de Cuentas, a los que nadie podía señalar de batisteros. Julio Le Riverand, Alfredo Valladares, Enrique Corona, Antonio Peláez, Rogelio Portuondo, Juan M. Ferrer y Enrique J. Ubieta, suscribieron una declaración de ejemplar valentía cívica haciendo constar "que en ningún momento Miyar cooperó con la dictadura votando sistemáticamente en contra de la aprobación de toda orden de pago relacionada con contratos de obras públicas y suministros que acusaban exceso en los costos y valores promedios".

Mencionaban concretamente la construcción del Habana-Hilton, las edificaciones de la OVEFA, y la adquisición de armas y municiones para combatir al ejército rebelde.

—La posición del doctor Ramón Miyar fue diáfana y definida en su actuación contraria a la aprobación de dichos asuntos.

Entre el hallazgo de documentos reveladores, algunos sobresalían por su significado. En los archivos del SIM aparecieron cinco carnets fechados en 1958, expedidos a nombre de Charles E. Wilson, John J. Wachter, Elton T. Prather, Albert George Vaughan y David Morales Sánchez. Para sorpresa de los investigadores, estos agentes del siniestro equipo habían dado como domicilio el de la Embajada norteamericana y como teléfono para ser localizados el FO-3151, precisamente Centro Privado de la sede de la república vecina. Ahí tenían excelente material los congresistas estadounidenses, tan interesados en

las cosas de Cuba, para averiguar qué nexos existían entre las oficinas diplomáticas de Calzada y la guarida de asesinos de Columbia.

El escándalo surgido en torno a las ejecuciones, medida de justicia deformada maliciosamente por una propaganda aviesa, no pudo opacar las jubilosas demostraciones que el desplome de Batista provocó en todo el continente. Entre tantas hermosas explosiones de solidaridad, merecía destacarse la organizada por el Partido Aprista Peruano, en Lima. Miles de peruanos convocados por el partido de Haya de la Torre, saludaron la liberación de la patria de Martí. En el acto hablaron la esposa del Che Guevara, la poetisa Hilda Gadea, Juan Llosas, el secretario general del PAP, Ramiro Priale, y Jorge Muñiz, que viviera muchos años en Cuba como desterrado político y, sin duda, el mejor embajador que podía designar el Perú.

—Yo soy peruana por nacimiento, expresó la esposa del Che, argentina por matrimonio y cubana por devoción. Soy, pues, una legítima hija de Indoamérica.

En Los Angeles, California, los

miembros del M-26-7 ocuparon el consulado cubano el mismo primer día de enero. A las tres de la tarde se produjo un hecho insólito cuando el cónsul de Trujillo, revolver en mano, pretendió reconquistar la oficina, disparando su arma y estando a punto de alcanzar a uno de los dirigentes fidelistas, Benito Galera.

Y cancelando la segunda semana después de la liberación, Fidel completó su recorrido triunfal visitando la región pinareña, tan pródiga en combatientes y mártires. El coronel Bayo, instructor de los expedicionarios del Gramma en México, arribó a La Habana para saludar a sus aventajados discípulos. Camilo Cienfuegos asumió la jefatura del ejército. Era un panorama de ancha perspectiva histórica.

CATOLICISMO

La Cruz y el Diablo

LA opinión católica en general —feligreses y clero unidos— fueron protagonistas de primera línea en el combate contra la tiranía. Ningún balance de la gesta popular, hoy triunfante, estaría completo sin rememorar la participación, siempre cívica y no pocas veces heroica, del catolicismo nacional.

Durante casi siete años —el trayecto espantoso de la usurpación más inhumana—, los templos sirvieron a la vez para orar y para conspirar; para decir misa y para levantar la voz señalando la presencia de los anticristos en el poder. La Iglesia Católica fue bastión en la lucha por la libertad; a la vera de la Virgen de la Caridad se integró el Frente Obrero Nacional; bajo los altares se ocultaron rifles para la epopeya; las sacristías se convirtieron en centro de contactos y botiquines de emergencia, y los conventos en refugio de perseguidos.

Sin embargo, la jerarquía eclesiástica tardó en sumarse al sentimiento popular, y no pocas veces lo hizo de modo vacilante, sin unanimidad, trabada por íntimas contradicciones entre sus principales figuras.

Contrastando con la dignísima posición de los prelados Enrique Pérez Serantes, Evelio Díaz y Martín Villaverde —el último de los cuales, obispo de Matanzas, se atrevió a calificar personalmente a Batista como obstáculo para la paz—, el alto clero transigió frecuentemente con la tiranía. Algunos de sus personajes llegaron a ser vistos por la ciudadanía católica como cómplices de la opresión.

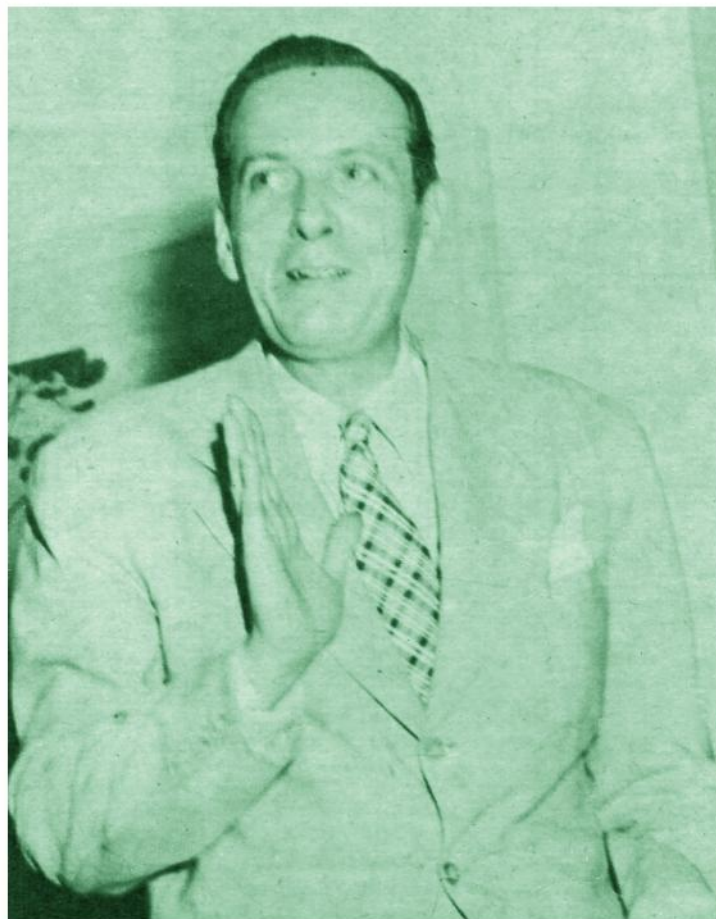
Hasta hubo alguno que intervino activamente, aún en vísperas de desplomarse el batistato, en ceremonias oficiales, codeándose con los grandes responsables de los atentados de lesa fraternidad cometidos contra poblaciones cubanas.

Frente a esa postura complaciente, fueron muchos los casos en que el sacerdote procedió como testigo de la verdad.

Apenas una semana después del artero golpe de marzo, proclamaba el franciscano Julián Bastarrica, predicando desde el púlpito de San Antonio de Padua.

—No puede haber gobierno legítimo emanado de los fusiles.

Andrés Valdespino y Marta Moré, presidentes a la sazón de las ramas masculina y femenina de la Juventud Católica, dijeron por con-



ALABARDERO CULTURAL

Alabardero cultural de Batista, Guillermo de Zéndegui, ex concejal, ex ortodoxo y ex intelectual, hizo cuanto pudo por tender un manto de ficción espiritual sobre las llagas morales y materiales del marcismo. En el ostentoso Palacio de Bellas Artes fue guillotinado burocráticamente la Orquesta Filarmónica de La Habana, institución impecable, con treinta años de continuada labor por la mejor música. De allí partió, entre sofismas y disimulos, la agresión al Ballet nacional, representado por la figura universal de Alicia Alonso. Allí un grupo reducido de escritores de alquiler, siervos de diversas dictaduras latinoamericanas, vivía opíparamente de un presupuesto millonario. Guillermo de Zéndegui representa un pasado vencido.

ducto de BOHEMIA su oposición al cuartelazo:

—No hay justificación alguna, legal ni mucho menos moral, para destruir nuestro régimen democrático y suplantarlo por un sistema unipersonal y caudillista, basado en el predominio de una clase sobre la voluntad de todo un pueblo.

Y Angel del Cerro, en una asamblea diocesana de la capital, resumía la conducta indeclinable de los jóvenes católicos:

—He aquí una juventud que solo se arrodilla ante Dios, para no tener que arrodillarse ante ningún tirano.

La Juventud Católica Universitaria tomó parte activa en la jura de la Constitución, realizada en la colina docente como protesta contra los estatutos marcionistas.

A los tres meses de su asalto al poder, sin el menor respeto por la fecha patriótica, militares insolentes atropellaban en Guanajay a los integrantes de una velada católica. Molesto por las críticas al régimen y por las evocaciones mambisas de los oradores, el teniente León conminó a los reunidos a disgregarse "en cinco minutos".

El orador que estaba en el uso de la palabra repuso:

—En cinco minutos se pueden decir muchas cosas.

Consecuencia: disolución violenta, golpes, heridos, detenciones. Fue el primer incidente violento de las JC con las porras del batistiano.

Sin embargo, no eran aún las épocas peores, sino el cuadro habitual, mixto de máscara democrática y fustazo incivil, corriente en las dictaduras que se ensayan. Batista se probaba disfraces de indulgencia, mientras la oposición se fraccionaba absurdamente y los partidarios de la vía rectilínea buscaban aglutinar esfuerzos.

Entonces sobrevino el heroico ataque al cuartel Moncada. Conternada por la noticia del asesinato en masa sufrido por numerosos jóvenes asaltantes, después de haberse rendido, la curia santiaguera, encabezada por el Arzobispo Enrique Pérez Serantes intervino con diligencia cristiana ejemplar, logrando salvar la vida de Fidel Castro y un grupo de sus adictos, que se habían refugiado en la montaña.

Pero la violencia del régimen amainaba sólo para recobrar fuerzas, como el tigre que se agazapa. La participación de las juventudes de Acción Obrera Católica en la brava huelga bancaria de los trece días les depaó nuevas persecuciones. Fue asaltado el local de la JOC; se acusó paradójicamente de rojos a los muchachos católicos; al valeroso padre Enrique Orlé se le tildó de "cura comunista".

El Consejo nacional de Acción Católica manifestaba en aquellos difíciles momentos:

—La libertad y la seguridad son los dos grandes principios que deben normar la conducta del Estado con respecto a la vida del ciudadano. Lo que no cedan la comprensión y la justicia, lo arrebatará la violencia.

Por entonces ocurrió el peor incidente jamás visto en la historia de las relaciones de la Iglesia con un gobierno de Cuba. A fines de 1956, el padre Ramón O' Farril fue detenido. Se le acusó de ocultar a ocho jóvenes revolucionarios en el templo a su cargo. Se le exigió la delación. Su negativa culminó en cuatro días de apaleamientos y torturas.

El sacerdote fue sacado del su-



DÍAZ BALART

Rafael Díaz Balart es, por muchos conceptos, una figura menor dentro del cuadro arbitrario, fangoso y ensangrentado de la tiranía vencida. Es un subpersonaje, todo él superficie, sin relieve ni significación. Como tantos otros, corrió infatigablemente las consignas que le llegaban desde los altoparlantes de la tiranía, participó secundariamente en la maquinaria dolosa y deshonoró a la juventud cubana pretendiéndose representante de ella. Si se le trae a estas páginas es porque ocupó la primera fila de los alabarderos de oficio, siempre listos a vocear ante las candilejas del despotismo.

plicio con los oídos sangrantes, las costillas fracturadas y ultrajada su dignidad. Habían participado en la ordalía el brigadier Salas Cañizález, y los oficiales Ventura y Carratalá, los peores monstruos de la tiranía.

El suceso desató en las intimidades de la curia una oleada de indignación, en que se mezclaba la sensibilidad eclesiástica y la patriótica.

—Es necesario que se aplique el derecho canónico y se disponga la excomunión pública de los responsables, reclamó el sacerdocio a sus jerarcas.

Pero el episcopado retrocedió ante la perspectiva de un conflicto frontal con el déspota.

A fines de 1956 ocurrió el desembarco del Gramma en Playa Colorada. El padre Antonio Albizu, párroco de Manzanillo, se convirtió en el principal contacto de Celia Sánchez, la primera heroína del M-26-7, para abastecer al núcleo que se afirmaba ya en la Sierra Maestra.

Por el templo manzanillero, con anuencia de su regidor, pasaron los primeros recursos y se habilitó la manera de incorporar a los ansiosos de sumarse a la lucha.

—Cuál fue mi sorpresa cuando encontré que el cura y su Iglesia constituían enlace y refugio en mis planes para escalar la montaña re-

belde, relataba un periodista que entonces hizo uso de ellos.

Las juventudes católicas se aprestaban a formar parte en la vanguardia insurreccional. De las sacristías salían armas para los milicianos. Tres hombres de sotana eran los mejores consejeros de la resistencia civil santiaguera y del Movimiento 26 de Julio: los padres Antonio Rivas, Francisco Beristain y José Chabebe.

Por su parte, el padre Chelala fungía de tesoro del movimiento en Holguín. Toda la curia oriental, en ciudades como en pueblos, cerraba filas en favor de la insurgencia liberadora. En oraciones radiadas por la CMKC, el padre Chabebe se las ingeniaba para transmitir mensajes en clave a la Sierra del Cristal, donde Raúl Castro secundaba la gesta de su hermano Fidel.

El apoyo eclesiástico no se limitó a la indómita tierra oriental. El párroco de Isla de Pinos, padre Sardiñas, subió a la Sierra a mediados de 1957 en misión sagrada y prestó asistencia religiosa a los rebeldes. Al mismo tiempo se mantenía en contacto con el Arzobispado de La Habana a través de Monseñor Raúl del Valle, a quien enviaba cartas solicitando objetos para su ministerio y dinero para auxiliar a los campesinos de la

comarca, nombrado ya Territorio Libre de Cuba.

Había ya dos capellanes con el ejército insurgente: el padre Rivas, en las fuerzas de Raúl Castro, y el padre Manzanedo, en las del comandante Almeida.

Mientras tanto, el puño feroz del terror acogotaba la Isla. Según crecía en acción y conciencia la rebelión, mayor era la crueldad del régimen y su menosprecio de los más elementales valores cristianos. La religión atravesaba idéntico martirologio que el resto de Cuba.

La presión moral de la feligresía obraba irresistiblemente sobre la curia, pero la alta jerarquía, por temores nacidos de un sentido conservador muy propio de ella, no quería seguir el ejemplo de sus congéneres de la Argentina, Colombia y Venezuela, que se habían erguido frente a los déspotas.

Ejemplar era la actitud de los párrocos de muchos templos cubanos. El padre Angel Gaztelu, hablando desde el púlpito de la Iglesia del Espíritu Santo el 10 de febrero de 1958, hacía un planteamiento atrevido, en que había ecos directos de la escritura sagrada:

—En Cuba padecemos una crisis del espíritu como consecuencia de los afanes de riqueza, poder y vicio, lo cual trae aparejado el eclipse de la libertad. Los gobernantes tratan de convertirse en dioses y sumen en la tiranía a su pueblo. El gobernante que oprime a su país carece de espíritu verdadero.

Seguidamente trazó un paralelo de honda significación:

—El Concilio de Narbona, en 1034, planteó que "el cristiano que derrama la sangre de otro cristiano, derrama la sangre de Cristo". Yo diría hoy, parodiando esa sentencia, que el cubano que derrama la sangre de sus compatriotas está derramando la sangre de Martí.

Al día siguiente, con motivo de cumplirse los treinta años de su fundación, la juventud masculina de Acción Católica enjuició públicamente la situación del país:

—La primera condición para devolver la paz a Cuba, exponían, es el restablecimiento de un régimen de derecho, en el que tengan garantías suficientes los valores básicos de las sociedades cristianas: la vida, la integridad física y la libertad individual. Condenamos por igual el terrorismo, que produce víctimas inocentes, y la crueldad represiva, que rebasa los límites impuestos por la moral y la ley.

Coincidiendo con este pronunciamiento, en su revista La Jucena, el padre Ignacio Biain reflejaba el sentir de la curia:

—Los mismos que vocean "fulano de tal es la paz", no lo dicen convencidos, y anuncian unas elecciones de las que dicen esperar un gobierno de concordia.

—En esta última semana se ha recrudecido la violencia. Nuestra conciencia cristiana nos fuerza a reprobar ese tipo de acción, pero tampoco podemos silenciar "lo otro" y aún condenarlo con más rigor, si cabe. los centenares de ahorcados, asesinados y desaparecidos, sin que oficialmente se conozca quiénes han sido los autores y sin que la ley caiga sobre ellos con todo su peso, revelan que estos hechos han sido realizados con el visto bueno del régimen o que éste es incapaz de atrapar y castigar a sus autores.

Espantado del terror que se desataba en Oriente, Monseñor Pérez Serantes reclamó una reunión de

Los Granos Se Van Desaparecen Pronto

La primera aplicación de Nixoderm limpia mágicamente la piel de los granos. Use esta noche Nixoderm y notará muy pronto que su piel se limpia, aclara y suaviza. Nixoderm es un nuevo descubrimiento que mata los Gérmenes y Parásitos de la piel que son la causa de Granos, Manchas, Eczema, Picazones y Erupciones. Ud. no puede librarse de los trastornos de la piel hasta que no remueva los gérmenes que se esconden en los poros. Así pues, adquiera de su farmacéutico Nixoderm hoy mismo bajo la positiva garantía de que Nixoderm limpiará su piel y le aclarará y suavizará la piel o su dinero le será devuelto al retornar el paquete vacío.

la jerarquía. Rodeados de cautela hermética, los prelados discutían la vigorosa proposición del pastor de Santiago: pedir al déspota la renuncia mediante un documento público.

Solamente los obispos de Matanzas y Pinar del Río, monseñores Alberto Martín Villaverde y Evelio Díaz, votaron en favor de la moción. Otros dos pastores: el de Cienfuegos, Eduardo Martínez Dalmau, y el de Camagüey, Carlos Rius Angle, se opusieron.

Al cabo triunfó el criterio transaccional, como ocurría casi siempre en esos conflictos. Su Eminencia, el Cardenal Arteaga, y su colaborador Alfredo Müller hicieron suavizar las expresiones de la enérgica minuta traída de Santiago de Cuba.

De todos modos, cuando la pastoral fue publicada, el 25 de febrero, causó gran impresión en la opinión pública.

—Exhortamos, decía, a todos los que hoy militan en campos antagónicos a que cesen en el uso de la violencia y a que busquen cuanto antes las soluciones eficaces, que puedan traer nuevamente a nuestra patria la paz material y moral que tanta falta le hace. A ese fin, no dudamos que quienes de veras amen a Cuba sabrán acreditarse ante Dios y ante la historia no negándose a ningún sacrificio para lograr el establecimiento de un gobierno de unión nacional que pudiera preparar el retorno de nuestra patria a la vida política pacífica y normal.

El lenguaje, vago e impreciso, motivó interpretaciones variadas. Inclusive Batista, en aquel tiempo entregado a una de sus mañas de prestidigitador, alegó disposiciones para integrar un "gobierno de unidad nacional".

El infatigable Arzobispo de Santiago, Monseñor Pérez Serantes, fue vehículo del sentir de muchos cuando prorrumpió en frases de indignación:

—Yo no planté mi propuesta en esos términos confusos y ambiguos, ni mencioné ningún "gabinete de unidad" nacional, como ahora se pretende hacer. Yo pedí un cambio de gobierno, lo que incluye la salida de Batista.

De lo más alto de Cuba, una voz inapelable fulminó la mojiganga:

—No acepto mediación ni recibo a nadie, declaró Fidel Castro en las estridencias de la Sierra Maestra.

Se atravesaba entonces un fugaz período de semilibertad en la prensa nacional. La indignación popular era tanta, sin embargo, ante las tropelías del régimen, que la mordaza comenzó a funcionar de nuevo.

A mediados de marzo, el obispo de Matanzas se presentó ante Batista:

—No es posible soportar por más tiempo esta situación.

—¿Y qué quiere usted que yo haga? —repuso desdenosamente el déspota.

Monseñor Martín Villaverde miró fijamente al usurpador y le preguntó:

—¿Usted cree en Dios, general?

—Sí, señor obispo... Siempre he tenido una arraigada fe en Dios.

—Pues entonces, póngase usted ante Dios y examine honestamente si no es usted un obstáculo para una solución pacifista. Si lo es, general, usted debe irse.

Días más tarde, la indecisa jerarquía eclesiástica se indignaba con el asesinato del valioso Sergio González "El Curita", ultimado pese a las garantías ofrecidas por el dictador al Obispo Auxiliar habanero, Monseñor Müller.

La prensa recogió la valiente escuella suscrita por Monseñor Itatí del Valle, invitando al sepelio en estos términos:

—Muerto en lugar y hora desconocidos, de manera poco precisa.

Se preparaba activamente la huelga que debería estallar a principios de abril, y la JOC laboraba con afán en su gestación. Frustrado el intento, tenían que tomar el camino del exilio sus principales dirigentes, José de Jesús Planas y Reinold González, así como los padres Enrique Oslé y Salvador Freixado, acosados por la policía.

Durante el ensayo abortado de paro, las sacristías y conventos estuvieron prestos a funcionar como botiquines de urgencia; los templos eran sitios de conspiración y escondite de armamentos. El catolicismo de raíz, es decir, el bajo clero y la feligresía —tanto masculina como femenina—, respaldó plenamente el movimiento.

El fracaso llevó a la clandestinidad a sus principales dirigentes. El decano de los abogados, "Pepe" Miró Cardona, envuelto en una sotana negra y con el sobrenombre del padre Pérez, estuvo refugiado en la Iglesia del Espíritu Santo y escapó más tarde como pudo.

Otros no tuvieron tanta suerte. El asesinato de los jóvenes católicos Luis Morales Mustelíer, Juan Fernández Duque y Ciro Hidalgo provocó una carta del 14 de abril, firmada por los párrocos de la provincia habanera y dirigida al monarca de Kuquine:

—Disponer arbitrariamente de la vida humana es violar a la vez la ley natural y la ley divina y es un acto abiertamente condenable, hágalo quien lo hiciere, lo mismo tratándose de civiles que de militares.

—Es especialmente doloroso que la fuerza pública, cuyo oficio es garantizar y velar por la seguridad de los individuos, y que tiene en sus manos todos los resortes legales, sea la que haya erigido un sistema la tortura y la muerte, sin previa formación de causa, lo cual crea un estado de inseguridad absoluta en nuestra patria.

La valerosa y humana apelación rebotó en los oídos sordos del despotismo.

Se celebró el 3 de noviembre la comedia electoral, sin que la opinión católica participara de ella. Debía ser parte integrante del repudio general. Y prosiguió sin tregua la forja de la resistencia que debía dar al traste con la infamia erigida en ley.

A partir de entonces, el principal centro de la conspiración capitalina se trasladó a la Iglesia de la Caridad, regida por los padre

Boza y Madrigal. A la sombra de la Patrona de Cuba se suscribió la integración del Frente Obrero Nacional, promovido por Octavio Loit (Cabrera), organizador y presidente.

En aquella cofradía se escondieron muchos jóvenes perseguidos por los sicarios mortíferos del dictador; se guardaron y distribuyeron dineros, armas, ropas, medicinas, comida; se celebraron numerosas reuniones y se concibieron planes, a la sombra de un proyector exhibido estratégicamente: la construcción de una escuela parroquial.

El sagrado recinto albergó y salvó la vida a destacados combatientes del movimiento, como Marcelo Pla, el comandante Marcos (Delio Gómez Ochoa), "Paquito" Badías, Rosendo Alvarez, David Salvador, Echemendía (Ismael Suárez de la Paz), entre otros muchos. Allí hallaban no sólo ayuda para la lucha, sino consuelo espiritual y fe en su causa.

El padre Madrigal, incansable en su actividad revolucionaria, actuaba como tesorero del Movimiento 26 de julio en La Habana, perseguido muy de cerca por la policía del tirano.

Se cuenta que en cierta ocasión se personó en la embajada de Costa Rica para gestionar el asilo de un joven que tenía escondido en su Iglesia. Al verlo allí de nuevo, el embajador le preguntó si él iba a refugiarse también.

Prestaba servicios en la parroquia de la Caridad un dispensario médico gratuito, bajo la dirección del doctor Justo Portilla. Detenido éste por agentes del sanguinario Ventura, la pesquisa siguió el rastro de sus actividades hasta el dispensario y la misma Iglesia.

La inquietud y acción revolucionaria de los padres Boza y Madrigal tomó cuerpo asimismo en el boletín parroquial de dicha cofradía. El mensaje de Navidad, lanzado en el último mes de diciembre, contenía párrafos reveladores:

—La Navidad de 1958 encuentra a nuestra patria sumida en un mar de sangre, con muchos vacíos en los hogares a consecuencia de la muerte o la ausencia de seres queridos. En todas partes reinan la incertidumbre y la zozobra. La hora, por consiguiente, no es de regocijos y fiestas. Bien está que prescindamos en esta Navidad de alegrías ruidosas y placenteras, que no irían bien con el dolor de la patria...

Los padres Madrigal y Boza llegaron al extremo de redactar una carta dirigida al déspota, fechada en 14 de abril de 1958 y firmada por numerosos sacerdotes, exponiéndole la honda preocupación que sentían por la forma en que la fuerza pública disponía de la vida humana y relatando el asesinato de los jóvenes católicos Morales Mustelíer, Fernández Duque e Hidalgo Pérez, detenidos en 19 entre M y N por miembros de la Policía Nacional, el 9 de dicho mes.

El audaz mensaje fue llevado personalmente por el Nuncio Apostólico Luis Centoz. Solicitada la correspondiente audiencia, en lugar de concederla, el dictador mandó a decir al Nuncio que estaba enterado de la intención que presidía dicha solicitud y recalaba que no le fuera entregado el documento, porque sería "muy perjudicial para la Iglesia".

Transcurrieron los últimos meses de la dictadura, más sangrientos según avanzaba el tiempo. El Padre Madrigal tuvo al fin que sa-

lir del país, escapando a la persecución de los sicarios de Carrañalá. Y el catolicismo siguió ofreciendo mártires a Cuba.

La lista era impresionante, aún sin contener todos los nombres: René Fraga Moreno, miembro del consejo diocesano de Matanzas, baleado en las calles de la capital ymurina; José Luis Dubroq; Ormany Arenado, caído en el asalto al Palacio Presidencial; José Garcerán, muerto en acción de guerra del Segundo Frente del Escambray; el ingeniero Luis Morales Mustelíer; Juan Fernández Duque; Emma Rosa Chug...

Pocos meses antes del fin de la dictadura, William Morgan solicitó capellanes católicos para el Frente del Escambray.

—Al vernos aquí —decía a Monseñor del Valle—, aislados de las poblaciones urbanas y, sobre todo, sintiendo cada día la cercanía de la muerte, es nuestro más profundo deseo tener junto a nosotros uno o más sacerdotes católicos, a fin de que nos orienten y dirijan en la vida espiritual, digan misas, consuelen a nuestros moribundos y den sentido religioso al entierramiento de nuestros muertos.

Mientras esa sentida petición era tramitada, los propagandistas del dictador describían a los rebeldes como "forajidos" y "comunistas".

Se vislumbraba ya el fin del despotismo. A principios de diciembre se reunían en la Nunciatura los padres Rodríguez Rosas, Manuel Colmena, Angel Gaztelu e Ignacio Biain para considerar el documento privado dirigido a los obispos por el padre Belarmino García, quien reclamaba una pastoral enérgica y contenía censuras al alto clero.

—La jerarquía eclesiástica —acusaba—, ha dejado indefensa a la grey católica, llegando incluso a insinuar una acusación de indisciplina y rebeldía por la actitud de sus mejores sacerdotes y fieles ante el peligro gravísimo de la nación. Los altos dignatarios eclesiásticos han profesado o simulado públicamente una inconcebible indiferencia ante los hechos nefastos que los cuerpos de represión, alentados y premiados por el supremo poder del gobernante de facto, han hecho exhibición alardosa de atropellos y crueldades que ultrajan la dignidad humana y ofenden sacrilegamente al espíritu cristiano en lo más esencial de la moral.

Todo el sentir de los católicos cubanos estaba expresado en esas palabras. El propio Nuncio Apostólico, Monseñor Centoz pidió que se remitiera el escrito al episcopado, para que "de manera digna y sin impugnación posible" se salvara el prestigio de la Iglesia. Los acontecimientos se precipitaron tanto, que no fue posible emitir la pastoral de Navidad.

Pero cuando llegó el momento de la victoria, Fidel Castro reconoció:

—Los católicos de Cuba han prestado su más decidida cooperación a la causa de la libertad.

OBREROS

Después de la Fuga

LLEVABA horas de huido Batista y todavía no había surtido efecto su fuga en el alto mando de la CTC. Pero a las cinco de la mañana del día 1º, un timbrado telefónico despertó a Celestino Zamora, jefe de despacho de la central proletaria y alabardero de Eusebio

Mujal. Era el catalán. Nadie podía confundir su voz:

—¡Oye, Zomora, se fue Batista! gritaba nerviosamente.

—¿Y qué vamos a hacer? balbuceó consternado su compinche.

—Tú, haz lo que quieras. Yo me asilo. Buena suerte.

Cuando CZ colgó el aparato, experimentó la sensación de que bajo sus plantas se desmoronaba el corrompido andamiaje del mujalismo. Lo dejaron en la cuneta.

Aprovechando la confusión general y la hora temprana, los demás integrantes de la pandilla se refugiaron como pudieron: embajadas, casas de amigos, hoteles... La cuestión era escabullirse a la furia de las masas.

Llegaba el momento en que los perseguidores eran perseguidos. A media mañana, las milicias del 26 de Julio —jóvenes, enérgicos, armados—, se presentaron a la puerta principal del Palacio de los Trabajadores.

Una guardia policíaca cuidaba el vacío caseron, que los roedores de Mujal ya no ocupaban.

—A ver, entreguen las armas, le gritaron los jóvenes, apuntándoles los fusiles. ¡Quietos! ¡Cayó Batista!

No hubo dificultad. Era el primer paso en un cambio urgente, saludable, tonificador, que devolvía al movimiento obrero la protección de sus derechos, en espera de que los volvieran a ejercitar.

Muy pronto hubo júbilo en la casa proletaria, recobrada por la democracia sindical. Emergiendo de la clandestinidad y la cárcel, los dirigentes destituidos arbitrariamente por Mujal y los militantes verdaderos de la lucha laboral reconquistaban sus posiciones. El edificio de San Carlos y Peñalver volvía a ser hogar clasista de los trabajadores.

Mientras tanto, había que tomar decisiones sobre la huelga general, en marcha espontánea desde que el comando revolucionario la solicitara. Los dirigentes Octavio Luit Venza, líder de la sección obrero del M-26-7, obrero de Guantánamo, y David Salvador, azucarero de Camagüey, figura principal del movimiento en los sindicatos —ambos recién salidos del Castillo del Príncipe—, daban instrucciones telefónicas para mantener el paro si no se rendían los mandos militares a la Revolución. Estaban en su elemento.

Lo primero que hicieron fue ordenar el sellaje de los escaparates y cajas fuertes donde podía haber dinero y documentos importantes de los que detentaban y usufructuaban el liderazgo sindical hasta el derrocamiento de Batista. La reconstrucción tenía que venir limpia desde la entraña.

Al día siguiente, 2 de enero, llegaban al Campamento de Columbia otros tres dirigentes nacionales de la sección obrera del M-26-7: Conrado Bécquer, José Pellón y Antonio Torres. El avión presidencial Guáimaro los traía de Santiago de Cuba.

No era tarea fácil reconocerlos. Bécquer, a quien se conocía en la clandestinidad por Ulises unas veces y por Nelson otras, llegaba con su fisonomía habitual escondida tras espesa barba. Traían atuendo de combatientes serranos, con uniforme olivo, gorra de campaña, cuchillos comandos, pistolas y rifles automáticos. Pellón y Torres —Dagoberto y Angel en el Movimiento de Resistencia—, no estaban menos erizados capilarmente que el líder azucarero.

Otros dos derrotados de ayer y

victoriosos de hoy se sumaron a la legión de ocupantes de la CTC: José María de la Aguilera, el celebrísimo promotor de la lucha bancaria contra el mujalismo, y Jesús Soto, textilero de la Ariguanabo y superviviente del asalto al Palacio Presidencial.

Por varios minutos, todo fue júbilo fraternal y proletario, abrazos, recuerdos, intercambio de datos personales, congratulaciones políticas... Luego, a solicitud grave de David Salvador, todos se concentraron en un minuto de silencio evocador por los mártires obreros, caídos en el penoso y largo camino de la rebeldía contra los enemigos de la libertad sindical.

Hubo especial recuerdo para Julián Alemán, de la Federación Textil, vilmente asesinado en las calles de Matanzas por los esbirros de Pilar García; Gustavo Fraga, muerto mientras confeccionaba un explosivo, y Eliseo Caamaño, habanero que apareció quemado en la capital pinareña.

De todos los rincones de la capital afluyeron rostros curtidos y manos callosas a la central obrera. Las milicias armadas del 26 de Julio —vigilantes y amistosas a la vez—, garantizaban el orden. Equipos de médicos y enfermeras se organizaban rápidamente para prestar los primeros auxilios en caso de combate. Los cocineros del Hilton enviaban comida en cajas de cartón para alimentar a la tropa rebelde, hoy leal.

De vez en cuando llegaban noticias de cómo se iba barriendo con las directivas anteriores. En Manrique y Salud, donde se albergaban el sindicato y la Federación de los Telefónicos, David Rodríguez se hacía cargo del inmueble y sus enseres. Enterada la vieja dirección, Vicente Rubiera envió un grupo explorador.

—Aquí manda solamente el 26 de Julio, les respondieron. Diganle que puede seguir escondido.

Hasta el edificio del pulpo telefónico estaba ocupado por las milicias. Otro tanto sucedía en la cristalada sede de K-Listo Kilowatt. El sindicato eléctrico, en Prado y Monte, corría igual suerte.

Sindicatos y paraderos de la COA y Autobuses cayeron en la vorágine revolucionaria. Gervasio Sánchez, Rigoberto Fernández y Armando Abelenda representaban a la Federación del Transporte en esa tarea; Cándido Gómez y Sergio Chiraldó a la COA. Humberto Aguirre, de los Ferrocarriles Occidentales, acampó con sus milicias en la Estación Terminal. Allí se organizó sobre la marcha una dirección obrera del servicio, tan eficiente, que al terminarse el paro trabajaban todos los carros.

La captura de sicarios mujalistas —entregados hasta entonces a la delación, el fraude y el saqueo de los fondos sindicales—, no se hizo esperar. Nada menos que Jesús Artigas cayó en manos de dos milicianos cuando pretendía fugarse en un yate:

—Yo tengo muchos amigos revolucionarios, arguyó con voz suplicante el financiero del catalán. Yo he dado mucho dinero para la Revolución...

—¿De veras? Lo que nosotros sabemos es que usted ha delatado en el Buró, en el SIM, en la Quinta y en la Novena a muchos compañeros honestos, que se jugaron la vida contra Batista.

Le ocuparon una pistola y diecisiete mil pesos, robados al sudor proletario. Un símbolo del mujalismo rampante y huyente.

Los socios de Mujal estaban de

malas. El azucarero Rolando Leonard, ejecutivo de la FNTA, fue traído al despacho de Bécquer. Tartamudeaba de miedo y pedía que "no lo mataran".

—¿Tú te crees que nosotros somos como ustedes?, le respondió Bécquer. La Revolución no comete actos de violencia sin previo juicio. Tú serás juzgado por los tribunales populares.

—Pero si yo no hice nada...

—Bueno, eso lo veremos. Hay muchas denuncias contra ti, por haberte enriquecido con los fondos del trabajador azucarero... Y está bueno ya, que se lo lleven a la Cabaña.

Diálogos similares tenían lugar con Luis Serrano Tamayo, secretario de la Federación Tabacalera; con Antonio Bosque Ramos, de la FNTA; con Prisciliano Falcón, mano derecha de Mujal en la misma federación, y con José Luis Martínez, confinado en la Ciudad Deportiva bajo la custodia de las milicias del comandante Diego.

El obeso y supernutrido "Panchito" Aguirre, dirigente gastronómico y magnate del Hilton, se hallaba escondido con sus secuaces y enviaba recados insistentes a los nuevos regentes de la CTC. Lemus Calderín, aspirante textil en la última farsa electoral batistiana, estaba preso en su domicilio bajo palabra de honor.

Retornaban gradualmente los líderes exilados, ansiosos de respirar el aire de Cuba libre: los textiles Antonio Morejón y Jorge Villafraña; los soldados azucareros Jaime López y José Vega Cuétara; Luis Bonito, complicado en el asalto al cuartel Goicuria; Pablo Díaz, Angel Cofiño, Pascasio Lineas y Marco Antonio Hirigoyen. El Directorio Obrero Revolucionario, que había funcionado en el destierro, devolvió a Basilio Medina, uno de sus representantes, y a Luis Pérez.

Manuel Fernández García, viejo combatiente de la época de Guiterras, era nombrado ministro del Trabajo por la Revolución apenas regresaba.

Al iniciarse la dificultosa y compleja revisión financiera de la CTC, se hacía un hallazgo espeluznante: la cuota sindical obligatoria de los trabajadores azucareros, que pasaban de cuatro millones de pesos anuales, estaba hipotecada hasta el año 1962. Los bancos, creyendo acaso que el régimen del oprobio era eterno, no se habían comportado esta vez con su cautela peculiar y anticiparon fondos al mujalismo por todo ese tiempo. El saqueo de la bolsa obrera seguía rindiendo irritantes consecuencias más allá del desplome batistiano.

Las nuevas directivas de facto, recelosas y estrictas, intervenían Unión Radio, planta adquirida con recursos sindicales, y la imprenta de Manrique y Virtudes. Igualmente tomaba las riendas la mano revolucionaria del M-26-7 en los centrales Washinton y Andorra, donde tenía participación el catalán asilado.

Faltaba mucho por hacer en el orden organizativo. Funcionaba provisionalmente un ejecutivo integrado por lo que restaba de la dirección nacional obrera del 26 de Julio: Cabrera, Bécquer, Salvador, Torres, Soto, Aguilera y Pellón. Una vez situado Conrado Bécquer al frente de la FNTA, posición que le disputaba ya Ursinio Rojas, asumió las funciones de piloto principal de la CTC el camagüeyano David Salvador, azucarero del central Stewart, preso y tor-

Qué molesto es poder de ALMORRANAS...
Contra las ALMORRANAS es PAZO

Si Ud. padece de las molestias de las almorranas, consulte a su médico y él le aconsejará que use Pazo porque le ayuda a aliviar esos malestares.

UNGÜENTO
PAZO

turado antaño por los esbirros de Ventura.

En su primera entrevista de prensa, DS hizo pronunciamientos capitales:

—No iremos a la violencia en el movimiento obrero. Sería estúpido imitar a las pandillas mujalistas. Vamos a realizar una verdadera democracia sindical, respetando el libre juego de las asambleas. El FONU (Frente Obrero Nacional Unido), integrado por el M-26-7, los ortodoxos, el DR y los socialistas, empezará por la unidad en la base. Nada de pactos ni componendas por arriba ni a espaldas de la masa obrera.

Respondió a una pregunta sobre los marxistas:

—Los comunistas figuran en el FONU, pero estoy seguro de que no habrán de controlar los organismos sindicales. En una discusión libre de la problemática obrera, el 26 de Julio cuenta con suficiente respaldo de la masa para no necesitar presiones ni maniobras. Se instalará, por la vía democrática, en las directivas.

Hablaba con palabra fácil y segura:

—El congreso celebrado en la Sierra Maestra tomó el acuerdo de abolir la odiosa cuota sindical obligatoria. Es una de las imposiciones mujalistas más impopulares, repudiada siempre por la clase obrera.

Sobre la fuente de recaudación laboral:

—Yo creo que la moral creada por el triunfo de la Revolución hará posible que en las asambleas obreras se apruebe incluir en los convenios colectivos, de trabajo una cláusula sobre algún tipo de cuota sindical descontable por las empresas. Eso es permisible. Lo que no se puede tolerar es que el trabajador sufra una imposición oficial, dictada por decreto, lo que equivale a un impuesto creado por el gobierno.

Informó que no podía fijarse aún la fecha de los comicios sindicales:

—Esperamos que sea dentro de un plazo breve. Por ahora estamos en la fase reorganizativa. No se olvide que ha ocurrido un tremendo vuelco revolucionario y que debemos barrer primero lo que queda del régimen obsoleto y podrido de Mujal, con sus atracadores y "chivatos". La restitución de las demandas y conquistas secuestradas por la tiranía es algo primordial.

Alguien preguntó sobre la situación de Cofiño:

—Bueno, repuso, no hay que ol-

(Continúa en la Pág. 104)